

Pseudónimo: verde como el cielo verde.

Ya no recordaba el momento exacto en el que se había sentado. Hacía frío. Mucho frío. Y, sin embargo, sentía la cálida mirada de la luna allá arriba. Le sonreía, estaba seguro.

Guardó las manos agrietadas en sus ropajes, había sido un mal día; aquella noche no cenaría. El embuste de la mendicidad había hecho de aquella tela jirones.

Sintió calor al colocar torpemente las manos entre sus piernas. Se le antojó caprichoso. Apoyó la cabeza en el portón de madera.

En el fondo era afortunado. En lo cuerdo de su locura de vida. En el calor del vaho visible al frío de la noche.

Sonrió en aquella soledad al recordarse apareciendo en la plaza la mañana anterior.

Los niños jugando en el empedrado, saltando de aquí para allá; el bullicio de los mercaderes, con sus trucos o sin ellos, con gallinas revoltosas o sin ellas; con dinero o, como la mayoría, sin él.

Veía en panorámica aquel edificio, lentamente la visión de las bases de piedra eran sustituidas por los elementos superiores, casi igual de lento se despegaba su labio inferior del superior.

Casi sentía cabalgar al que él tachó de caballero que se erguía en el centro superior de la construcción. Custodiado por un cuarteto, dos arriba y dos abajo: figuritas humanoides con algún significado que él no alcanzaba a comprender. Resultaba majestuoso.

Nuestro protagonista, sin embargo, eligió un sitio más modesto para acomodarse a ordenar sus ideas. Bailaban. Estaban en un barco, arriba y abajo, a la deriva. Como su vida.

A la derecha del caballero distinguió lo que había sido su asiento desde entonces: un par de escalones coronados por dos caprichosas criaturillas. El bueno y el malo. Alegría jovial frente angustia mal disimulada. Y él, allí, en medio, no sentía ni una cosa ni la otra. Y al no sentir nada, lo sentía todo: sentía la hilada puerta de madera a su espalda, sentía el fulgor luminoso del queso del cielo, pero, sobre todo, sentía la mirada inquietante de las estatuillas.

Aún con el peso y la libertad de sus ideas embriagadas se convulsionó en mitad de la noche.

Su cuerpo vibraba en el estrépito de sus carcajadas.

Lágrimas rodando por sus mejillas indiscretamente.

Su risa era un canto a la vida ahogado en sus sollozos.

Y es que, como no poco tiempo después diría Chaplin "para poder reírse de verdad, a carcajadas, tienes que poder sentarte a jugar con el dolor".

Sus cejas parecían pelearse. La derecha iba cada vez más a la izquierda, la izquierda cada vez más a la derecha. Tú, yo, arriba, abajo. Aquel ceño fruncido me decía más a mí que a él mi información.

La puerta se abrió y la luz fresca del sol matutino me cegó. Salimos juntos, nos dimos la mano, me agradeció mis servicios y me aseguró haber sido de gran ayuda para el desarrollo de la reunión de las Cortes que acontecería en unas horas en el mismo San Isidoro, de donde ahora él se alejaba hacia la calle de la LEGIO VII. Yo, por el contrario, torcía a mi derecha. Apenas había doblado la esquina lo vi. Allí, medio dormitando, encogido sobre sí mismo estaba el detonante.

No los vio llegar. Los cuerpos del orden lo agarraron violentamente y él, aunque adormilado y confuso, no se sorprendió.

No pateó, ni rogó en la puerta del perdón. No lloró, ni montó una escena. Se limitó a acatar su sino. Aún compungido observé cómo levantaba la cabeza y me dedicaba una desdentada y socarrona sonrisa.

Me estremecí. No era tan diferente de aquel hombre que se llevaban arrastras. No éramos tan diferentes ¿verdad? ¿Por qué no me apresaban a mí? ¿No me consideraban un estorbo para la celebración?

Bien.

Para entonces ya hervía en cólera. Les iba a demostrar qué era la verdadera molestia. Aún quedaba mucho trabajo por hacer, pero allí mismo y sin mediar palabra le prometí, me prometí, a él y a mí mismo que las cosas iban a cambiar: Por su luna, por mi sol.

Le vi bajar la cabeza.

Creo que me entendió.

Clara Antúnez Martínez → 1º Bach. F.